

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

---

---

Año XXVIII

Julio Agosto de 1951

Núm. 313-314

---

---

## Puntos de vista

La vida en plenitud

*N*OS detenemos a pensar: ¿es que hay hombres predestinados que por cualquier camino que vayan, siempre habrán de encontrar el triunfo? ¿Es que el éxito; saber llegar a la cumbre más alta, no es nada más que cumplir un destino que la trayectoria de una existencia no es capaz de variar? ¿Acaso la luz más alta sólo la alcanzan los elegidos en virtud de un misterioso y secreto designio?

Pensando nos interrogamos y nos contestamos estas preguntas que a veces en momentos de duda, de incertidumbre, de flaqueza en que vemos menguadas nuestras posibilidades y ambiciones, nos pudieran desviar del verdadero punto de vista. De lo esencial y exacto. Pues de seguro que algo falló cuando fracasamos en alguna de nuestras batallas cotidianas. Acaso por timidez o vacilación. Quien sabe si por falta de coraje o de ojo certero para apuntarle a la fama en el momento preciso.

Todos estamos expuestos a fallar, fracasar una vez, cinco, veinte o ciento. En la historia de la humanidad los casos más famosos están a la vista, y sería muy fácil citarlos. Alejandro, César, Napoleón, Bolívar, por no citar otros, ¿no fracasaron nunca?

La respuesta es obvia. Porque lo interesante no son los fracasos, sino la voluntad, la fe, la energía que se tuvo para rehacer el camino y perseverar. El triunfo definitivo no es de los débiles. Las mayores conquistas se deshacen en manos pusilánimes.

Para mantener un triunfo, para asegurar y glorificar un ideal hay que tener las pupilas claras, serenas, iluminadas por una resolución suprema. Y el pulso, firme, tranquilo, seguro. También el corazón.

*Nada se aprende bien sin adversas experiencias.*

Mas no olvidemos que en la realización de empresas superiores de bien público, no sólo se necesita de aguda inteligencia y de perseverante acción.

*Hace falta algo más.*

Algo de importancia fundamental y decisiva que engendra quizá la parte más principal del triunfo.

Y es que en las obras de bien público es indispensable hacer abstracción total de los propios y personales intereses. Ser sordo ante la murmuración corrosiva; adusto ante la marrullera asechanza del halago. Darse siempre en voluntad, fuerte y definitiva, a la empresa que se acometió sin pensar en próximos beneficios, sin temor a inminentes males, o acariciando situaciones espectaculares. En esos momentos hay que pensar en que el ideal (flor en primavera, fruto sazonado en verano) llegue a ser la más espléndida y viva realidad.

*Pero no divaguemos.*

Vamos a hablar de un hombre cuyos méritos están demasiado a la vista. Ya no se pueden ocultar. Ni siquiera disimular. Y aunque está directamente vinculado a esta revista cuyo mentor es en todo momento, no podemos pasar de largo ante un acontecimiento trascendental de su existencia sin consignarla en la página de honor, con orgullo, con ese orgullo limpio y noble en que entra la emoción y el admirativo afecto. También la simpatía humana que como una cálida corriente de recíproco entendimiento hace florecer el corazón de alegría al comprobar siempre que somos sus amigos.

Casi no habría necesidad de nombrarlo, porque se trata de don Enrique Molina. Y también de sus gloriosos ochenta años.

Hemos dicho gloriosos. Sí, gloriosos no por la fama conquistada ni por los hechos realizados, ni por la eminente nombradía que lleva y trae su figura por todos los ámbitos del mundo culto. Lo decimos más que nada, por su juventud, por su efusiva alegría de vivir. Por esa vida en plenitud que lleva un grande y puro resplandor interno. Por ese don superior que le ha permitido llegar a estos aguerridos años, ayudado por una conjunción armoniosa, que ha elevado su espíritu en permanente actividad, para darle amplias y claras perspectivas que lejos de debilitar su acción la han mantenido, dentro de esa medida, de esa dignidad y ponderación que sólo se dan por excepción.

Porque es excepcional el caso de don Enrique.

No hablaremos aquí en detalle de sus batallas, de sus desalientos, de sus inquietudes, de sus preocupaciones, ni de sus alegrías cada vez que desaparecía un tropiezo de los muchos que entorpecieron la magna empresa de crear la Universidad, en cuyo alcanzamiento la responsabilidad mayor estuvo siempre en sus manos.

No hace falta hablar de eso. Lo sabe todo el país. Lo saben también en el exterior los hombres de cultura superior que se han interesado por seguir la marcha ascendente de la Universidad de Concepción, hasta llegar a estos días en que pudiera decirse que el Genio, aquel que se le aparecía a Aladino al frotar su lámpara maravillosa, ayudó a que se alzaran los bellos edificios en donde funcionan las diversas Facultades y sus escuelas, que alcanzan una organización de primer orden.

No hubo en esta ocasión un Genio de leyenda. Hubo una voluntad, una fe, una energía indomable. Una renovada vitalidad que se acendrabá en la lucha, haciéndose más fuerte, con más acusado relieve en su fervor ideal. Fueron los éxitos asegurando los eslabones de la grande obra de cultura, que ayudaría a un país joven a hacer más cimera su alma y su destino.

En todas estas batallas, don Enrique no perdió su salud física. No perdió tampoco su salud espiritual. Por el contrario.

*Un mayor equilibrio, si fuera posible, se traducía en su espíritu, en su actitud humana, en su curiosidad efusiva, en su cordialidad generosa. En la jovial simpatía con que supo acoger a todos los que necesitaron del calor de su amistad y del agrado inestimable que con ella sabía transmitir.*

*En el duro clima de la metrópoli del sur, don Enrique que se va por la calle con el abrigo al brazo. Ese brazo que jamás flaquea para descubrirse ante una dama, cuando su mano que sabe trazar signos elocuentes ante un auditorio, levanta el sombrero con ágil rendimiento. Ascende al Caracol, el cerro de los viejos araucanos, con paso liviano y elástico. Si un muchacho se acerca, le oirá su caso con los ojos iluminados de entusiasmo, de interés, de curiosidad. Estará feliz si el mozo, tímido y confuso le confía una cuita de amor, y más feliz si él le puede dar un buen consejo, porque es amigo de la juventud, él mismo es un joven de ochenta años gallardos, que muchos cincuentones se quisieran.*

*Don Enrique es uno de esos hombres con quienes la vida fué generosa. Acaso más que generosa, justa. Y él le correspondió a la vida con la misma actitud. Sin eludir una responsabilidad, dándose siempre íntegramente. Hasta ahora mismo. Madruga, dicta su cátedra, atiende sus oficinas de la Universidad, preside el Directorio o el Consejo. Y por la noche, si es necesario, va a un baile, a una comida. Al otro día cumplirá como siempre su régimen de vida. Así, en medio de una actividad que no ha decrecido jamás, escribe para arremansar su inextinguible inquietud y aumentar la larga lista de obras que tiene a su haber. De pronto es preciso salir de viaje y allí está don Enrique junto a la escalerilla de un avión listo para ocupar su lugar, alegre como un muchacho que sale de excursión.*

*Ejemplo admirable de vitalidad, de salud espiritual, de optimismo. Bella lección de gratitud por lo que da la vida y por lo que a ella se entrega generosamente.*

*Esto había que decirlo, en los momentos en que don Enrique cumple sus gloriosos ochenta años. De no haberlo hecho, hubiera significado quedarse con una culpa adentro. Con el remordimiento de no haber dado a los lectores de «Atenea» una estampa de don Enrique Molina Garmendia, Rector ahora y por muchos años venideros de la Universidad de Concepción.*

*Porque la suya es una vida en plenitud de gozo y ejercicio.*

LUIS DURAND.